

Una nación pluriestatal



Claudia Torre

Universidad Nacional de Hurlingham

María Laura Pérez Gras (ed.) (2019)

El cautiverio de Santiago Avendaño entre los ranqueles.

Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.

El cautiverio siempre nos atrapa. Sus historias de confinamiento son una máquina de dolor y narratividad, una trama de lealtades y traiciones. En este caso, un cautivo del siglo XIX: Santiago Avendaño, nacido en San Juan en 1834 que vivió en las tolderías de Painé. Estuvo allí con otros cautivos y cautivas (aunque no es fácil equiparar el cautiverio masculino con el cautiverio femenino porque a éste último se le suma el estigma de la “prenda sexual”). Avendaño pasó siete años con los ranqueles, aprendió el idioma (la lengua pampa) y escribió sus memorias que luego aparecen en manos de Estanislao Zeballos.

Era muy pequeño cuando fue tomado cautivo, de modo que, como señala Laura Pérez Gras en el *Estudio preliminar*, el discurso modernizador de los gobiernos nacionales, sus metas de avance territorial y dominación y sobre todo el enfrentamiento con el indio, no tuvieron el mismo signo para él que para otros cautivos de mayor edad. Su vida es larga y llena de desventuras y monotonías, siempre “en” y “hacia” y “desde”. Pero lo más atrapante de la biografía de Avendaño no es sólo su experiencia con el mundo del Otro sino el lugar que él ocupa en ambos mundos como escritor, traductor, negociador de asuntos políticos, lenguaraz y archivista. Se trata de la experiencia del mundo letrado en el cuerpo de un cautivo, que suma sentido tanto a la toldería y la frontera como a la ciudad en proceso de modernización.

Me gustaría proponer algunos puntos de análisis del trabajo de Pérez Gras, en relación no sólo a lo que plantea en el *Estudio preliminar* sino también sobre el propio diseño de la edición del manuscrito de Avendaño.

En primer lugar, la relación que existe entre las narrativas sobre el territorio (a la que pertenecen los relatos de cautiverio) y el Estado, me refiero al Estado argentino del siglo XIX. Pérez Gras señala el modo cómo el texto del cautiverio rompe con el monoculturalismo: este punto de partida es crucial para pensar

los textos y explica por qué se tardó tanto en estudiar el cautiverio, así como se puede señalar que la crítica genética y de archivo, como método, rompe con las hipótesis culturalistas o por lo menos las interpela. “Los relatos de cautiverio autobiográficos fueron los más silenciados para ofrecernos un testimonio histórico”, señala Pérez Gras, y nótese que dice *silenciados* y ese participio pasado interpela políticamente el carácter de *silenciosos* que la historiografía tradicional estuvo dispuesta a establecer. Esta edición nos convoca a pensar en la relación entre el silencio y el silenciamiento (silenciamiento sistemático, empecinado e irresponsablemente inerte).

En segundo lugar, el concepto de “narración en segundo grado”. Con esta expresión, Pérez Gras se refiere a los relatos de cautiverio indirectos o mediados por otros, las historias de los relatos de viajeros tierra adentro como Lucio Mansilla o Musters o Guinnard. Tomando este concepto me interesa pensar también al indio, como un otro en segundo grado, porque para los generales formados del Ejército argentino, para esas elites dirigentes que acompañaron a los ejércitos en busca del sueño territorial, los otros en primer grado no eran los indios sino los soldados de la propia tropa: pobres, maltratados, disciplinados con un único lenguaje: el de la violencia, separados de sus familias, de sus lugares de origen, de sus mundos de trabajo o de circulación, de sus propias formas de vida. Esa soldadesca tan parecida a los indios (y entre quien había indios) era su primer otro, su otro en primer grado, su enemigo impuesto, el mal necesario a corregir. Para esa tropa criolla y mestiza sólo había hambre, guerra, estaqueo (y qué triste re-edición tiene este episodio en la guerra de Malvinas en 1982) y fusilamiento. Un fragmento del manuscrito de Avendaño apareció en el diario *La Capital* en 1868 y más tarde en la *Revista de Buenos Aires*. Su título era “Muerte del Cacique Painé”. La pregunta es ¿por qué se anuncia la muerte del cacique Painé ocurrida en 1847, como una noticia de 1868? Creo que el dato exhibe dos cuestiones muy claras: una: la producción de escritura y narración de

frontera por parte de un cautivo. Dos: la trama política de un discurso estatal que se diseña en el uso y manipulación de dos esferas: la ranquel y la de Buenos Aires. ¿Cómo producir desde el Estado el relato de la civilización? Y ¿cómo producir desde la toldería el relato de la civilización?

En tercer lugar, creo medular prestar atención a la direccionalidad que encontramos siempre en el siglo XIX: siempre *está viniendo hacia nosotros*: desde el cautiverio y sus ediciones a una política de derechos humanos y al equipo de antropología forense. En esta línea tiene mucho sentido pensar la carta que la viuda de Avendaño, Genoveva Montenegro escribe para pedir una pensión al Estado; esa interlocución hacia el Estado que construye esa viuda propone una configuración del *ciudadano* Avendaño (al que sin embargo hay que mostrar como un cautivo), como una víctima y no como un mediador porque el mediador y sobre todo en relación con que Avendaño fue muy cercano a Cipriano Catriel, lo coloca ya no sólo como mediador sino como embajador o canciller entre Estados. Quiero decir: si Avendaño fue un cautivo, las comunidades aborígenes son la barbarie, si Avendaño fue un canciller, los indios tenían Estado y estamos ante la situación de una Argentina del siglo XIX con una nación pluriestatal.

En cuarto lugar, un comentario sobre la relación de la investigación crítica genética con los *Cultural Studies*. Creo que en este trabajo inmenso, organizado y detallado de la investigadora y crítica Laura Pérez Gras podemos ver las dimensiones de la crítica genética y la forma que van tomando sus experimentaciones, porque allí donde los Estudios Culturales se apresuran a poner la nota sobre-ideologizada, la tarea que se impone la investigadora es la de hacer una interpretación narrativa, sus preguntas circundan el *¿cómo se puede construir esta historia? ¿Cómo se construyó previamente?* Y es allí donde aparece el background académico pero

también la veta del relato policial. La idea de la *censura* del manuscrito que Laura desarrolla con fervor es dato empírico y comprobación genética, pero también instala, en quienes leemos este trabajo, una historia atrapante de búsquedas, descubrimientos, pistas de espionaje, denuncias, entre otros. En esta clave se leen las razones de la viuda cuando entrega el manuscrito al Estado, representado en la figura de Zeballos, y a su vez cobra por ello. En suma lo que está en juego no es la historia de un individuo sino la de una sociedad y la de un tiempo.

Por último, cabe señalar que las investigaciones previas a las de Pérez Gras no trabajaron con el manuscrito original de Avendaño. Me refiero a Luis Franco, Raúl Mandrini, Sara Ortelli, Susana Rotker, Fernando Operé, Fonderbrider, Claudia Salomón Tarquini, Palombo; o lo vieron pero no lo usaron o no lo tuvieron en cuenta, tal es el caso del Padre Durand. Por su parte, Meinrado Hux accedió a la publicación de *La Revista de Buenos Aires*, la intervino sin criterio académico y la modernizó en cuanto al lenguaje.

Las investigadoras más jóvenes, –para salir de tanta masculinidad crítica estudiando la frontera-macholeen (como se vio en un congreso de Rosario) a Avendaño desde la obra de Meinrado Hux pero también desde la obra de Susana Rotker y entonces también se incluyen en estos artículos o ponencias de congresos, historias como la matanza de 32 mujeres en las tolderías de Toay, episodio que relata Avendaño, al mismo tiempo que las relaciones entre los Estados.

Una edición como ésta nos recuerda que el acceso a los originales de la literatura argentina del siglo XIX, más que encontrar una verdad, permite leer las mediaciones entre esa experiencia y nuestro mundo. Experiencia lejana y brumosa que, a pesar de todo, tiene tanto para decir.